

DOSSIER

El Paradigma Pedagógico Ignaciano y su relevancia actual para la universidad jesuita

The Ignatian Pedagogical Paradigm and its Relevance for the Jesuit University

Michael J. Garanzini, SJ

ASSOCIATION OF JESUIT COLLEGES AND UNIVERSITIES (AJCU), ESTADOS UNIDOS
MGaranzini@ajcunet.edu

Michael Baur

FORDHAM UNIVERSITY, ESTADOS UNIDOS
mbaur@fordham.edu

https://doi.org/10.48102/didac.2022..79_ENE-JUN.92



RESUMEN

El artículo describe las siete características que deben identificar a una universidad jesuita en la actualidad: 1) las prácticas pedagógicas en las universidades jesuitas deben promover el diálogo auténtico y la reconciliación; 2) las prácticas pedagógicas en las universidades jesuitas deben promover la excelencia humana en todas las esferas del quehacer humano; 3) las prácticas pedagógicas en las universidades jesuitas deben promover la exploración y el descubrimiento centrados en y entre las disciplinas; 4) los programas y prácticas de las universidades jesuitas deben promover la exploración y la apreciación intercultural; 5) las universidades jesuitas deben contribuir tanto en la teoría como en la práctica a la promoción de la justicia en la sociedad en su conjunto y en sus diversas instituciones; 6) el aula jesuita debe promover la construcción de una visión global en estudiantes y profesores; 7) las prácticas y los programas en las universidades jesuitas deben promover un auténtico crecimiento espiritual y el desarrollo de la fe.

Con base en los planteamientos clave del Paradigma Pedagógico Ignaciano (PPI) y la visión de que éste no es un modelo prefabricado listo para ser aplicado, se contextualizan sus particularidades en la educación superior a partir de las reflexiones de los Superiores Generales de la Compañía.

Las características o identificadores presentados motivan a las instituciones educativas a que construyan una identidad que responda a una larga tradición de la educación jesuita y a una constante renovación de su compromiso por formar líderes para sanar un mundo roto.

Palabras clave: Pedagogía ignaciana; Paradigma Pedagógico Ignaciano; universidad; educación superior.

ABSTRACT

The article describes the seven characteristics that should identify a Jesuit university nowadays: 1) Pedagogical practices at Jesuit universities should promote authentic dialog and reconciliation; 2) Pedagogical practices at Jesuit universities should promote human excellence in every aspect of human life; 3) Pedagogical practices at Jesuit universities should promote exploration and discovery focused on and among disciplines; 4) Programs and practices at Jesuit universities should promote exploration and intercultural appreciation; 5) Jesuit universities should contribute both in theory and in practice to the promotion of justice in society as a whole and within society's various institutions; 6) A Jesuit classroom should promote the construction of a global vision in students and professors; and 7) Internships and programs at Jesuit universities should promote authentic spiritual growth and faith development.

Based on the key approaches of the Ignatian Pedagogical Paradigm (IPP) and having in view that this is not a prefabricated model ready to be applied, its particularities in higher education are contextualized in light of the reflections of the Society General Superiors.

The characteristics or identifiers presented motivate educational institutions to build an identity that responds to a long tradition of Jesuit education and a constant renewal of their commitment to form leaders to heal a broken world.

Keywords: Ignatian Pedagogy; Ignatian Pedagogical Paradigm; University; Higher Education.

Fecha de recepción: 14/09/2021

Fecha de aceptación: 2/11/2021

Introducción

La forma en que una institución educativa piensa en su compromiso con sus estudiantes es, quizás, su responsabilidad fundamental. La forma en que concibe su misión a la luz de ese compromiso con los estudiantes determina la naturaleza y el propósito de sus programas académicos y cómo esos programas se presentan a los estudiantes, es decir, cómo se les invita a participar en el proceso de aprendizaje. Proponemos aquí que hay siete características o *identificadores* de la universidad jesuita o de una institución de educación superior jesuita que, en conjunto, ejemplifican su misión y su propósito. El compromiso con estos siete *identificadores* sostiene a una institución jesuita, es decir, forma la base sobre la cual construye su enfoque de la enseñanza y el aprendizaje y ayuda a constituir su identidad. Juntas, estas características brindan las razones subyacentes más profundas para una pedagogía que se propone alcanzar, como ha dicho el Papa Francisco, la cabeza, el corazón y las manos del estudiante confiado a su cuidado.

Contexto

Hace varios años, el P. José Mesa, S. J., secretario internacional de educación Presecundaria y Secun-

daria, publicó su colección editada de los documentos más significativos para comprender la historia de la obra de la Compañía de Jesús en la educación, tanto secundaria como superior (Mesa, 2017).¹ Más recientemente, él y un equipo de educadores crearon un modelo para los colegios de presecundaria y secundaria *Colegios jesuitas: una tradición viva en el siglo XXI. Un ejercicio continuo de discernimiento* (ICAJE, 2020). Este nuevo documento tardó varios años en ser elaborado por su grupo de trabajo de educación secundaria, con delegados que representan una amplia gama de instituciones a lo largo de la red jesuita de colegios de secundaria y presecundaria. Su objetivo es “ayudar en el discernimiento necesario para encontrar los medios más adecuados para cumplir fiel y eficazmente la misión recibida, tomando en cuenta las circunstancias continuamente cambiantes” (de la carta del P. Kolvenbach, 8 de diciembre de 1986, encargado el proyecto).

Siete años más tarde, en 1993, un nuevo documento, titulado *La pedagogía ignaciana: un enfoque práctico* (publicado en Gil Coria, 2002), escrito por Peter Hans Kolvenbach, S. J., el Superior General de los jesuitas, describía el conjunto de prácticas características de la educación jesuita a nivel mundial

como el Paradigma Pedagógico Ignaciano, o el PPI. Si la educación jesuita tiene como objetivo formar líderes que se distingan por su compasión, competencia, conciencia y compromiso, entonces los colegios jesuitas se beneficiarían de tener una descripción clara de las mejores maneras de educar a sus estudiantes. El PPI rechaza los métodos de educación *tradicionales* más restrictivos; coloca al estudiante, (el que estudia) en el centro del proyecto educativo, e insiste en implementar tantas formas de aprendizaje como sea posible. *Colegios jesuitas: una tradición viva en el siglo XXI* (ICAJE, 2020) es también una colección de documentos fundacionales. Incluye reflexiones sobre los desafíos actuales que enfrentan los colegios y sobre lo que el documento llama *identificadores globales* de los colegios jesuitas. Los *identificadores* o *características* de la pedagogía ignaciana representan el conjunto de *compromisos* que deben fundamentar las aspiraciones y prácticas académicas y espirituales del colegio jesuita. Por ejemplo, si los colegios jesuitas van a preparar líderes con las cuatro características definitorias: compasión, competencia, conciencia y compromiso, deben incluir en sus programas un llamado a la ciudadanía global, actividades y oportunidades interculturales, así como programas académicos que demuestren cuidado y reverencia para toda la creación, etcétera. Otras características, como el compromiso con todas las personas, independientemente de su raza, clase, etnia o credo, completan estos *identificadores* y se derivan directamente de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI).

Nuestro propósito aquí es retomar el proyecto iniciado por el grupo de trabajo del P. Mesa y extenderlo al contexto de la educación universitaria. Es decir, proponemos *siete identificadores* que deben caracterizar a todas las instituciones jesuitas comprometidas con la educación superior y, por tanto, fundamentar su enfoque en la enseñanza y el aprendizaje. Estos *identificadores* tienen en cuenta la gran diversidad de modelos y formas de educación superior propuestos por la Compañía de Jesús. Las instituciones jesuitas de educación superior varían en el número de estudiantes: desde unos pocos cientos

hasta muchos miles. Algunas son universidades complejas con decenas de departamentos, es decir, facultades y programas: otras tienen un solo programa de estudios, con una facultad enfocada (por ejemplo, una facultad de teología) que ofrece títulos ministeriales con una variedad de especializaciones. Una escuela de negocios puede existir dentro de una universidad compleja que incluye muchas otras escuelas profesionales, o puede ser una institución *independiente*. Incluso podría ser un colegio patrocinado por la Compañía, pero alojado dentro de una institución pública. En total, hay más de 200 instituciones jesuitas de educación superior. La red oficial de 200 instituciones, la Asociación Internacional de Universidades Jesuitas (IAJU, por sus siglas en inglés) representa a escuelas de aproximadamente 65 países, por lo que es, quizás, la más internacional y sin duda uno de los sistemas de educación más grandes del mundo.

Dada esta diversidad, la cuestión de qué une a las instituciones de educación superior jesuitas y les da un propósito común es de vital importancia. Lo que comparten estas instituciones, a pesar de sus diferencias legales, estructurales y organizativas, y a pesar de la vasta diversidad de sus ofertas académicas, equivale a una firme creencia en los propios estudiantes como agentes transformadores del mundo. Esta creencia se deriva de la convicción de que lo Divino ya está trabajando en el mundo y que todos juntos somos los instrumentos de lo Divino, llamados a cocrear para construir un mundo más justo y sostenible para todos, especialmente para aquellos que han sido excluidos o marginados. Esto a menudo se describe o se conoce como una “Visión de la Encarnación”.

Profundizar la Visión: reflexiones de los Superiores Generales de la Compañía

La visión pedagógica ignaciana nunca fue pensada y nunca existió como un modelo prefabricado, disponible para ser *aplicado* a una audiencia mundial lista para recibirlo. Incluso cuando los jesuitas abrieron formalmente su primera universidad, en la ciudad siciliana de Mesina, en el año 1548, ninguno de los

líderes jesuitas (ni siquiera el propio Ignacio) tenía una idea clara de lo que sería o podría llegar a ser la nueva institución. De hecho, la primera universidad jesuita en Mesina ni siquiera se planeó como universidad (*studium generale*). Se convirtió en una universidad como resultado de la confluencia exitosa de muchas motivaciones, necesidades y circunstancias externas diferentes que trabajaron juntas de manera productiva para generar soluciones particulares, a veces ganadas con esfuerzo, a desafíos únicos relacionados con la financiación, gobernanza, plan de estudios, personal y alumnado de la nueva institución. En otras palabras, incluso las primeras instituciones jesuitas de educación superior se fundaron, no simplemente mediante la imposición de un plan preestablecido en un mundo pasivamente receptivo, sino más bien a través del dar y recibir creativo y sensible al contexto, de la colaboración reflexiva, amorosa y de la reafirmación de la vida. Y, sin embargo, esta colaboración dinámica y de corazón abierto no fue arbitraria ni carente de guía. Fue inspirada sin reservas por los dos imperativos centrales ignacianos “para la mayor gloria de Dios y para la mayor ayuda de las almas”, ahora más concretos o influidos por una comprensión enriquecida que incluye la *educación universitaria* entre los ministerios más importantes de la Compañía.

A lo largo de los 450 años de historia de la educación jesuita, la comprensión y explicación de la misión jesuita en la educación superior por parte de la Compañía ha crecido y evolucionado. Como en épocas anteriores, estas comprensiones de sí mismos y explicaciones se han agudizado para responder a nuevos desafíos. El desarrollo de nuestra *forma de proceder* actual o contemporánea, es decir, el enfoque general del *cómo y porqué* de lo que hacemos, fue puesto en marcha por el Superior General jesuita P. Pedro Arrupe, a quien se le conoce como el “Segundo Fundador de la Compañía de Jesús”. Arrupe se convirtió en el líder de la Compañía en mayo de 1965, poco antes de que el Concilio Vaticano II concluyera formalmente en diciembre de ese mismo año. Él y los sucesivos Superiores Generales han construido cuidadosamente un marco para la edu-

cación jesuita, con lo que han ampliado sus objetivos tradicionales —cultivar líderes perspicaces y con una buena formación— con base en métodos probados y verdaderos a nuestro contexto contemporáneo, todo ello al servicio de hacer que la educación jesuita sea relevante a la luz de la visión del mundo del Vaticano II y la labor de la Iglesia en él. Al igual que los primeros líderes y educadores jesuitas, debemos atender con cuidado y amor al mundo en el que nos encontramos, a fin de discernir lo que el llamado de Dios requiere de nosotros en nuestras circunstancias únicas. En el mundo contemporáneo, debido a las circunstancias sociales cambiantes, la evolución de las necesidades de la sociedad en general y las nuevas tecnologías, debemos reevaluar cada cierto tiempo cómo y qué enseñamos.

Con el discurso *Hombres y mujeres para los demás* (2015), en 1973 el P. Pedro Arrupe (periodo 1965-1983) lanzó esta reexaminación y rearticulación de los propósitos de la Compañía en sus colegios. Si bien muchos habían llegado a pensar que la educación jesuita estaba comprometida principalmente con el rigor, la disciplina y la excelencia académica, Arrupe propuso que la meta principal de la educación jesuita debe ser la formación del estudiante para el servicio a sus semejantes. La excelencia en todas las cosas no es un lema sólo para la superación personal, sino que sirve a este propósito más importante de formar hombres y mujeres comprometidos con poner a los demás antes que a sí mismos. Para formar tales líderes, los educadores jesuitas deben, por lo tanto, llegar no sólo a la mente sino también al corazón. Y el modelo para la propia vida es, por supuesto, el “líder siervo, Jesús”.

El sucesor de Arrupe, el P. Peter Hans Kolvenbach (periodo 1983-2008), eligió construir la visión de la educación jesuita con el enfoque en la enseñanza y el ejemplo de este Jesús que vino a inaugurar el “Reino de Dios en la Tierra”. Trabajar por el Reino implica, sobre todo, un compromiso con la promoción de la justicia y la paz. El discurso de Kolvenbach en la Universidad de Santa Clara en 2000 estableció una estructura para la educación superior jesuita basada en una creencia doble: Dios no sólo

está activo en el mundo, sino que la actividad de Dios en el mundo incluye Su llamado a trabajar por una sociedad más justa e inclusiva. Una educación jesuita, por lo tanto, debe cultivar en los estudiantes la pasión tanto por ayudar a los menos privilegiados como por identificar y reformar sistemas enteros de injusticia. El análisis social y una profunda confianza en la divina providencia son el equipo que los estudiantes necesitan para abrirse camino en un mundo que clama por la equidad y la justicia.

La visión del P. Kolvenbach para la educación jesuita ha inspirado una reflexión crítica sobre cómo nuestros estudiantes son moldeados por el mundo, especialmente uno en el que nuestra conciencia de las crecientes desigualdades es evidente. ¿Cómo podemos pensar en los deseos más profundos de nuestros estudiantes al contemplar su futuro e imaginar las muchas formas en que podrían dedicar sus vidas al llamado de Dios? ¿Cómo podemos ayudarlos a dominar las herramientas del análisis social y la evaluación crítica para que puedan comprender y abordar las causas fundamentales de nuestros sistemas injustos que sostienen y perpetúan la pobreza y la violencia, las cuales se adueñan de las vidas de quienes no tienen acceso al poder o la influencia?

En su discurso a los líderes de la educación superior jesuita en la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México, en 2010, el sucesor de Kolvenbach, el P. Adolfo Nicolás (periodo 2008-2016), amplió nuestra reflexión sobre el mundo de nuestros jóvenes al ofrecer una mirada crítica a las tecnologías que les trae ese mundo. Si bien internet, señaló, les brinda un mayor acceso a la información, no les enseña a pensar y reflexionar, ni les ofrece una profundidad real. Aunque de alguna manera las nuevas tecnologías ayudan a la conciencia y la comprensión de los jóvenes, estas últimas pueden seguir siendo superficiales y, por lo tanto, inadecuadas para la tarea de abordar las cuestiones de la justicia y la sanación que afrontarán como hombres y mujeres con una misión. Las nuevas tecnologías ofrecen enormes beneficios, pero también pueden paralizar y distorsionar la realidad.

El actual P. General, él mismo exrector de la Universidad, con profundas raíces en la lucha por la jus-

ticia en América Latina, aprovechó la formación de la IAJU, en el castillo y basílica de Loyola en 2018, para ofrecer su propia visión de los desafíos que enfrenta la educación jesuita. Haciendo eco del trabajo de sus predecesores, el P. Arturo Sosa (periodo 2016-presente) amplió los temas de la reciente Congregación General (2017) para caracterizar la educación jesuita como una preparación de hombres y mujeres para la promoción de la fe y la justicia que, si se vive con honestidad y coherencia, debe conducir a la reconciliación. Este llamado a la reconciliación está dirigido a todos los hombres y mujeres, en todo momento y lugar, y es la inspiración fundacional de la Compañía de Jesús. Para abordar la complejidad de los sistemas y los desafíos a los que nos enfrentamos, desde el medio ambiente hasta la construcción de democracias, pasando por la curación de las injusticias raciales y los agravios históricos que han herido nuestro tejido social, se requiere la capacidad de ver todas las partes, de trabajar por la reconciliación y de imaginar nuevas formas de avanzar. La manera en que avancemos dependerá en gran medida de la voluntad y la capacidad de los educadores de las instituciones jesuitas para convertirse en instrumentos de auténtica cura y reconciliación. Ello se pondrá de manifiesto no sólo en el material específico que el educador elija para enseñar, sino también, y quizás más importante, en su estilo particular de enseñanza. Para Sosa, el PPI también se extiende a nuestra conducta como comunidad universitaria y el cuidado que nos dispensamos unos a otros, tanto dentro de esa comunidad como fuera de ella.

Siete características y su relevancia para el aula

Entonces, ¿cómo influyen estas reflexiones sobre las circunstancias a las que se enfrentan los educadores de hoy en nuestra comprensión de la educación jesuita actual? Dada la larga tradición de la educación jesuita y la renovación de su compromiso de formar líderes para sanar un mundo roto, proponemos las siguientes siete *características* o *imperativos* de las universidades jesuitas como *guías* de lo que constituirá una auténtica educación y pedagogía jesuita hoy.

1. *Las prácticas pedagógicas en las universidades jesuitas deben promover el diálogo auténtico y la reconciliación.* Este compromiso nos obliga a abordar y hacer participar diversas opiniones, y promover un diálogo genuino entre las partes opuestas. Algunos de los desafíos más desalentadores de nuestros días surgen en contextos políticos, económicos, sociales y religiosos en los cuales existe una amplia variedad de opiniones y creencias. Tal diversidad puede ayudar a generar enfoques nuevos y creativos para la resolución de problemas, pero también puede dar lugar a malentendidos o desconfianza mutuos. En consecuencia, las universidades deben trabajar para fomentar el diálogo a través de las diferencias en un espíritu de reconciliación genuina. La reconciliación significa reconocer no sólo las justas reivindicaciones, sino también la dignidad e incluso la amabilidad de las personas con puntos de vista diferentes. Significa hacer un intento genuino de sanar e incluso, a veces, volver a imaginar nuestros desafíos y sus soluciones. Las universidades tienen el privilegio de disfrutar de un amplio apoyo financiero y moral por parte del público en general, y su profesorado tiene la posibilidad de aprender en beneficio propio, al margen de las limitaciones utilitarias habituales que suelen prevalecer en otras profesiones. Por lo tanto, las universidades, y las universidades jesuitas en específico, están obligadas de forma particular a servir como modelos de diálogo de mente abierta y de corazón abierto dirigido a la reconciliación genuina. El espíritu reconciliador que anima a la universidad jesuita encuentra una clara articulación en el “Presupuesto” inicial de los *Ejercicios Espirituales* (2007): “se ha de presuponer que todo buen cristiano ha de estar más dispuesto a salvar la proposición del prójimo, que a condenarla” (p. 16).
2. *Las prácticas pedagógicas en las universidades jesuitas deben promover la excelencia humana en todas las esferas del quehacer humano.* El objetivo de la educación jesuita es la formación de

un estudiante competente, compasivo, consciente y comprometido. La promoción de la excelencia humana depende de reconocer y nutrir los talentos de cada persona, independientemente de cuáles sean esos talentos y de si son latentes o reales, naturales o adquiridos. Implica una apertura al descubrimiento y la mejora continuos. La universidad jesuita es una comunidad única de individuos, profesores, personal y estudiantes, que viven sus carreras individuales como parte de un llamado mayor a una vocación de servicio. El PPI reconoce la distinción crucial entre lo excelente y lo mediocre, lo capacitado y lo descuidado, lo bello y lo feo, pero no respalda ningún estándar o medida para determinar lo que se considera excelente. No puede haber un estándar único de excelencia debido al inmensamente amplio alcance y la rica diversidad de las muchas esferas del esfuerzo humano. Además, cada esfera en particular permanece siempre abierta al descubrimiento y la mejora continuos y, por lo tanto, abierta a la revisión y el ajuste constante de sus propios estándares de excelencia.

3. *Las prácticas pedagógicas en las universidades jesuitas deben promover la exploración y el descubrimiento centrados en y entre las disciplinas.* Ninguna disciplina carece de su contribución única a nuestra comprensión del mundo y la vida humana en él. Si cualquier área de investigación se bloquea o se excluye del círculo de disciplinas que, en conjunto, alimentan la vida intelectual de la universidad, todas las disciplinas se verán afectadas, porque cada disciplina particular está limitada a su manera y se sesga positivamente si se le considera como el único o el mejor medio para alcanzar el conocimiento de la realidad. En consecuencia, los académicos que realizan investigaciones en diferentes disciplinas corren el riesgo de convertirse en especialistas chovinistas de mente estrecha si están desconectados de formas de conocimiento más allá de las propias. Cuando la universidad facilita intercambios significativos entre

disciplinas, ayuda a sus miembros a permanecer no sólo humildes con respecto a sus propias actividades académicas, sino también abiertos a otras esferas de la realidad que no les son completamente indiferentes a sus propias vocaciones como académicos y como seres humanos. Incluso cuando se toman en conjunto, las diversas disciplinas se aproximan, pero nunca alcanzan completamente la plenitud de lo que se puede saber. El entendimiento humano puede aprehender sólo vaga y parcialmente la riqueza y el tesoro del universo creado, cuyo mismo ser y unidad se pueden rastrear hasta un Creador omnibenevolente. En cada campo del conocimiento, en cada nuevo descubrimiento, en cada grano de existencia, es posible apreciar la integridad fundamental de toda la realidad, especialmente si nuestra visión intelectual está iluminada por la fe.

4. *Los programas y prácticas de las universidades jesuitas deben promover la exploración y la apreciación interculturales.* La diversidad de los pueblos, sus razas, sus culturas, sus símbolos, sus creencias, son importantes para comprender la esencia de nuestra naturaleza humana, así como nuestra importancia como cuidadores de la creación y de unos de otros. En todo el mundo y durante milenios, los seres humanos han encontrado un sinfín de maneras posibles para expresarse. Tal variedad dentro de la familia humana ha sido con demasiada frecuencia una ocasión para que las personas se traten unas a otras con indiferencia o incluso con desdén. Pero bien entendida, tal diversidad es motivo de celebración en la medida en que es un testimonio de la libertad y la inventiva humanas. La universidad jesuita debe buscar fomentar una comprensión más profunda y una apreciación más amplia de la capacidad del ser humano para la novedad y la innovación. Las universidades jesuitas deben invitar e involucrar activamente el ingenio humano en todas sus múltiples manifestaciones, con miras a valorar y apreciar las contribuciones únicas hechas por otros, inclu-

so otros que son muy diferentes a nosotros, a la comunidad local y la comunidad humana en general. Esta orientación hacia la apreciación transhistórica y transcultural representa las mejores aspiraciones tanto del aprendizaje clásico como del humanismo cristiano, dos importantes precedentes de la universidad jesuita moderna. En consecuencia, los miembros de las comunidades universitarias jesuitas contemporáneas deben estar preparados para proclamar junto con Terencio que “nada humano considero que me sea ajeno” (2001, p. 335), y junto con el Papa Francisco, que somos *fratelli tutti*, todos hermanos y hermanas.

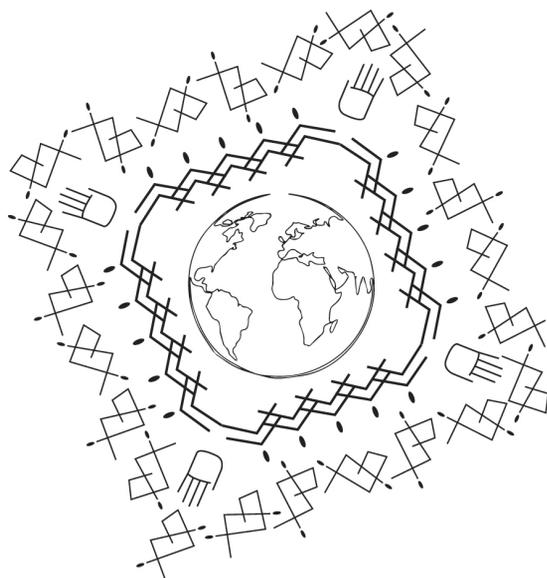
5. *Las universidades jesuitas deben contribuir tanto en la teoría como en la práctica a la promoción de la justicia en la sociedad en su conjunto y en sus diversas instituciones.* La desigualdad, los prejuicios y una serie de vicios humanos, como la codicia, la avaricia, la autocomplacencia y el orgullo, pueden ser la causa de mucho sufrimiento humano, tanto para los individuos como para los grupos. La injusticia a menudo está institucionalizada, y en todas las sociedades vemos los efectos de políticas injustas y de la discriminación sistemática. Las universidades jesuitas deben promover un pensamiento riguroso no sólo con respecto a las teorías de la sociedad y la historia humanas, sino también sobre los inevitables desafíos morales, existenciales y políticos a los que las personas maduras deben enfrentarse en su búsqueda de la bondad y la justicia en sus vidas y en sus comunidades. Este pensamiento riguroso permite las perspectivas críticas que se necesitan para detectar, comprender mejor y, en última instancia, erradicar las políticas y los sistemas dañinos que continúan impregnando las sociedades humanas. Dado que nuestro pensamiento siempre está comunicado por nuestro hacer, y nuestro hacer siempre está informado por nuestro pensamiento, es un error creer que la teoría y la práctica de la justicia pueden estar ingenuamente divorciadas la una de la otra. El

PPI, en términos estrictos, no fomenta ni la contemplación como tal ni la acción como tal, sino la contemplación precisamente en y a través de la acción (*simul in actione*, frase acuñada por Nadal, que tomamos prestada). La promoción de nuestro compromiso compartido con el bien común y los principios de la DSI fundamentan el compromiso de la universidad jesuita con la justicia social. La enseñanza y el ejercicio de la justicia de la universidad jesuita deben estar siempre basados en una conciencia realista de las múltiples capacidades del ser humano para el pecado, el perdón y la redención.

6. *El aula jesuita debe promover la construcción de una visión global en estudiantes y profesores.* Las tecnologías de la comunicación y las fuerzas económicas han hecho que los pueblos del mundo sean cada vez más dependientes unos de otros, incluso a grandes distancias, para su sustento, sus trabajos e incluso para su auto-comprensión. Las diversas tecnologías y fuerzas que nos unen incluso a veces pueden disfrazar las formas sutiles en las que podemos cambiar a través de nuestra interdependencia. Muchas de las consecuencias de nuestra interdependencia son innegables y probablemente irreversibles: lo que sucede en una parte del mundo puede tener un impacto importante en otra parte; los beneficios de la ciencia se pueden compartir más fácilmente a través de barreras geográficas y culturales; las consecuencias de las tragedias humanas pueden afectarnos más fácilmente a nivel mundial. Otras consecuencias de nuestra interdependencia son más difíciles de discernir y abordar: los algoritmos de los motores de búsqueda automatizados alimentan con más de lo mismo el contenido de audiencias con intereses específicos, de modo que lo que es *información* para un segmento de la población cuenta como *desinformación* para otro; las *amistades* que mantenemos en las redes sociales son a veces perniciosas y, por lo tanto, no son amistades en absoluto; la capacidad de la red de internet para hacernos sentir cercanos y conectados con los demás

puede evitar que reconozcamos nuestras necesidades, miedos y soledad más profundos. A medida que los pueblos del mundo se vuelven más interdependientes y están sujetos a la influencia de las tecnologías globalizadoras (a veces homogeneizadoras, a veces divisorias), las universidades jesuitas deben preparar a los jóvenes con una visión global que tenga como principios rectores la dignidad humana, la equidad y la veracidad. Las promesas y los peligros de la globalización afectarán casi todos los aspectos de cada una de nuestras actividades futuras: desde nuestras propias acciones hasta las acciones de las instituciones en las que influimos o en las que participamos, desde la vida privada y la vida familiar hasta las vidas más ampliamente compartidas de nuestras empresas locales, regionales y mundiales.

7. *Las prácticas y los programas en las universidades jesuitas deben promover un auténtico crecimiento espiritual y el desarrollo de la fe.* Nuestro conocimiento nunca es completo. Nuestras habilidades nunca son enteramente adecuadas. Nuestra percepción nunca es total. La educación jesuita debe ser un ejercicio continuo de humildad y gratitud. Una persona de sabiduría y profundidad es una persona que reconoce y vive en la



convicción de que Dios como autor de la vida sostiene nuestra propia existencia, inspira nuestro conocimiento y fundamenta nuestras acciones. Las universidades jesuitas deben educar a sus estudiantes para que se conviertan en ciudadanos responsables e íntegros, y en líderes humildes y agradecidos. Y, como universidades, deben promover la integración intelectual de todas las disciplinas como contribución a la verdad de la acción creadora de Dios y su presencia en la historia y la creación humanas. Las universidades jesuitas están comprometidas no sólo con la compatibilidad de la fe y la razón, sino con la relación mutuamente perfecta que se obtiene entre estos dos ámbitos: las afirmaciones de la fe iluminan verdades que de otro modo permanecerían opacas u ocultas a la razón sola, mientras que las afirmaciones de la razón permiten a la fe intervenir de manera realista y efectiva en nuestro mundo caído. Las universidades jesuitas también deben preparar a sus estudiantes para que sean críticos y valientes como agentes contraculturales. El PPI es incipientemente contracultural, no porque la cultura secular necesite ser reemplazada o destruida, sino porque necesita que se le recuerden periódicamente sus propias tendencias auto-destructivas. Los descubrimientos de los grandes científicos jesuitas son un testimonio de la perfección mutua de la fe y la razón, mientras que las vidas de los santos y mártires jesuitas nos muestran cómo, a veces, nuestra vocación más profunda requiere que seamos amorosamente contraculturales.

La idea ignaciana de “ver a Dios en todas las cosas” requiere que estemos siempre preparados para descubrir y apreciar las acciones y la presencia de Dios en acción en medio de todo lo que uno experimenta y hace. El PPI no puede reducirse a ninguna doctrina fija o ningún conjunto de reglas, sino que es

más bien una *forma de proceder* viva y creciente (una frase que, según Nadal, se remonta al propio Ignacio). La *forma de proceder* ignaciana es una forma de involucrar al mundo con una mente y un corazón abiertos, con una conciencia de la propia fragilidad y dependencia de los demás, y con una apreciación de la complejidad y la riqueza del mundo. La *forma de proceder* ignaciana exige una atención y una reflexión cuidadosas, e induce al estudiante a ser más que un mero espectador o receptor pasivo de información. Su objetivo es transformar al estudiante a través de este proceso continuo de participación activa y reflexión crítica.

Primera nota final. No se puede subestimar el impacto de la tecnología y cómo ha transformado el modo en que se adquiere y se comparte el conocimiento. Ha alterado nuestras propias identidades y ha introducido cambios en la relación profesor-alumno. Si éste es el caso, entonces cada una de las características mencionadas anteriormente de un aula o experiencia de aprendizaje auténtica jesuita se verá afectada de alguna manera.

Segunda nota final. La Compañía de Jesús nos ha dado cuatro *preferencias apostólicas universales* (Sosa, 2019) para orientar nuestra percepción y nuestras iniciativas, incluido nuestro trabajo en educación. Estas *preferencias* son llamadas al discernimiento y la acción. ¿Cómo deberíamos utilizar mejor las herramientas de la espiritualidad ignaciana para (1) “mostrar el camino a Dios a través de los *Ejercicios Espirituales* y el discernimiento”? ¿Cómo podemos ser más conscientes de (2) “caminar con los pobres, los marginados del mundo, aquellos cuya dignidad ha sido violada, en una misión de reconciliación y justicia”? ¿Nuestros programas educativos nos permiten (3) “acompañar mejor a los jóvenes en su trabajo hacia el avance de un futuro lleno de esperanza”? ¿Y estamos aprovechando todas las oportunidades para (4) “colaborar en el cuidado de nuestra Casa Común”? El PPI debe permitirnos afrontar estos importantes retos.

- Álvarez de los Mozos, P., S. J. (2017). Congregación General 36: una oportunidad de renovar la vida y la misión. *Razón y fe*, 275(1419), 31-42.
- Arrupe, P. (2015). *Hombres y mujeres para los demás*. Barcelona: Cristianisme i Justicia-EIDES. Recuperado de: https://www.google.com/url?sa=t&rcct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKewjBiY6IzLn0AhWPkmoFHfQnCc6MQFnoECAoQAQ&url=https%3A%2F%2Fwww.cristianismeijusticia.net%2Fsites%2Fdefault%2Ffiles%2Fpdf%2Ffeies76_0.pdf&usq=AOvVaw1QUctSkKYWSVo7LFZgk3zZ
- ICAJE (2020). *Colegios jesuitas: una tradición viva en el siglo XXI. Un ejercicio continuo de discernimiento*. Recuperado de: <https://www.educatemagis.org/es/documents/colegios-jesuitas-una-tradicion-viva-en-el-siglo-21-un-ejercicio-continuo-de-discernimiento/>
- Loyola, I. (2007). *Ejercicios espirituales*. Ciudad de México: Buena Prensa.
- Kolvenbach, P. H., S. J. (2000). El servicio de la fe y la promoción de la justicia en la educación universitaria de la Compañía de Jesús de Estados Unidos. *Revista de Fomento Social*, (220), 595-614. <https://doi.org/10.32418/rfs.2000.220.2463>. Recuperado de: <https://revistadefomentosocial.es/rfs/article/view/2463>
- Kolvenbach, P. H., S. J. (2002). La pedagogía ignaciana hoy. Discurso a los participantes del grupo de trabajo sobre la pedagogía ignaciana, un planteamiento práctico. En Eusebio Gil Coria (Ed.), *La pedagogía de los jesuitas, ayer y hoy* (pp. 368-380). Madrid: CONEDSI-Universidad Pontificia Comillas de Madrid.
- Mesa, J., S. J. (2017). *Ignatian Pedagogy: Classic and contemporary texts on Jesuit education from St. Ignatius to today*. Chicago: Loyola Press.
- Mesa, J. A., S. J. (Ed.). (2019). *La pedagogía ignaciana: textos clásicos y contemporáneos sobre la educación de la Compañía de Jesús desde san Ignacio de Loyola hasta nuestros días*. Bilbao: Mensajero, Sal Terrae, Universidad Pontificia Comillas.
- Nicolás, A., S. J. (2010, 23 de abril). *Profundidad, universalidad y ministerio intelectual. Retos para la educación superior jesuita hoy. Comentarios para "Redes para la educación superior jesuita: configurar un futuro para un mundo humano, justo y sostenible"*. Recuperado de: http://www.sjweb.info/documents/ansj/100423_Mexico_ESP.pdf
- Sosa, A., S. I. (2019, junio). *Preferencias Apostólicas Universales de la Compañía de Jesús, 2019-2029*. Recuperado de: <https://www.jesuits.global/es/uap/introduccion/>
- Terencio (2001). *Comedias*. Madrid: Cátedra.

SEMBLANZAS

Michael J. Garanzini, S. J., es un sacerdote jesuita de la Compañía de Jesús. De 2001 a 2015, el P. Garanzini fue el vigésimo tercer presidente de la Universidad Loyola de Chicago (Illinois). Durante ese mismo periodo fue miembro de la Asociación de Colegios y Universidades Jesuitas, de la que ahora es presidente. El P. Garanzini obtuvo el título de licenciado en Psicología por la Universidad de Saint Louis en 1971, el mismo año en que ingresó a la Compañía de Jesús. Luego de pasar años en el país y en Roma durante su formación y primeros años como jesuita, Garanzini se doctoró en Psicología y Religión en 1986 por la Universidad de California, Berkeley, y la Graduate Theological Union. Ese mismo año regresó a la Universidad de Saint Louis como profesor asociado de Psicología y posteriormente ocupó varios puestos administrativos. En 1994, se convirtió en vicepresidente académico de aquella universidad. Durante su estancia en Loyola Chicago, el P. Garanzini contribuyó a la fundación del Arrupe Junior College y del Instituto de Estudios Ambientales. Garanzini es autor de *The Attachment Cycle: An object relations approach to the Healing Ministries* (1988), *Meeting the Needs of Dysfunctional Families* (1993) y *Child-Centered Schools: An educator's guide to family dysfunction* (1995), así como de artículos en numerosas revistas. En 2012, el P. Adolfo Nicolás, General de la Compañía de Jesús, nombró al P. Garanzini como secretario del sistema mundial de educación superior de la Compañía. Desempeñó este cargo hasta octubre de 2021.

Michael Baur es profesor asociado en el Departamento de Filosofía y profesor adjunto en la Facultad de Derecho de la Universidad de Fordham. Es director del Coloquio de Derecho Natural, director asociado del Centro de Educación Ética y coorganizador del Seminario de Pedagogía Jesuita en la Escuela de Artes y Ciencias, de la Universidad de Fordham. Baur ha sido editor general de la serie “Cambridge Hegel Translations” de la Cambridge University Press y actualmente es secretario de la Hegel Society of America.

Ha publicado sobre diversos pensadores (entre ellos Aristóteles, T. Aquino, I. Kant, J. G. Fichte, G. W. F. Hegel, M. Heidegger, H. G. Gadamer, J. Habermas, C. S. Peirce y B. Lonergan) y sobre diversos temas, entre ellos la ética, la jurisprudencia, la teoría del derecho natural, el idealismo alemán, el pragmatismo americano, el existencialismo, la hermenéutica y el pensamiento continental contemporáneo. Cursó la licenciatura en

la Universidad Loyola Marymount (Los Ángeles), y obtuvo el grado de doctor en la Universidad de Toronto (Canadá) y en la Facultad de Derecho de Harvard.

¹ La educación secundaria en los Estados Unidos dura siete años y se divide en dos periodos. El primero comienza en el sexto año de la educación básica, cuando el niño tiene 11-12 años, y termina en el octavo grado, cuando éste tiene entre 13 y 14 años. El segundo periodo cubre del noveno al duodécimo grado; el estudiante tiene entre 17 y 18 años cuando finaliza esta etapa de estudios. En México, la división es un poco diferente. La secundaria es el último tramo de la educación básica obligatoria; también dura tres años, pero el niño comienza la escuela cuando tiene entre 12 y 13 años y la finaliza entre los 14 y 15. El siguiente periodo corresponde a la educación media superior, que cubre tres años más y tiene diferentes sistemas educativos: preparatoria, bachillerato, vocacional, de ciencias y humanidades, etcétera.